

Miguel Barnes, nacido en Casas Ibáñez (Albacete) dos años antes de que Pollock muriera al volante en East Hampton, es básicamente un acción painter. No quiere esto decir, que no le hayan afectados movimientos, teorías, actitudes, obras cuyo origen es más reciente. Antes al contrario, se trata de un creador sumamente receptivo y atento a los estímulos exteriores, ya sean pictóricos, ya sean de otros ámbitos, y especialmente el de la música pop. Pero temperamentalmente a él, “jinete en la tormenta” por decirlo con el título de una canción, lo que más parece irle es pintar con la mezcla de disciplina y de libertad, de cultura e irracionalidad, cuya fórmula mágica encontraron, al contacto con los surrealistas exiliados, algunos de los pintores neoyorquinos de los cuarenta. El baile ebrio y como sin centro de Pollock por los cuatro costados del lienzo, las arquitecturas negras del Kline más dramático, el gesto desbordado que Willem de Kooning aplica lo mismo a atardeceres que a mujeres desnudas o a suburbios caribeños... Esos son, esos siguen siendo, los clásicos predilectos de Barnes. A uno, Cote modernos, le sucede otro tanto; de entrada, pues, hay una base de entendimiento.

Cómo no entenderle, y como no simpatizar con su tentativa. Cómo no estar de acuerdo con su anhelo de “una nueva forma de vida, donde el individuo no prime sobre la masa, donde la colectividad esté supeditada al hombre y no al revés como ha sucedido casi siempre”. La frase, que extraigo de su texto “Arte, libertad y futuro”, en el catálogo de la muestra colectiva itinerante de pintores albaceteños algunos muy próximos a él- que en 1.985 llevó por los pueblos de la provincia y que se titulaba “10 encuentros con el arte actual”, la podía haber firmado cualquiera de los americanos. La historia de Barnes, por lo demás empieza como una historia ejemplar, como una vida clásica: breves estudios de Artes y Oficios en Madrid, trabajo en un banco, abandono de ese banco tras tomar la decisión de ser pintor. Fue Javier Hernando un compañero de trabajo, hoy también dedicado a labores más creativas, quien le indujo a tan trascendente, arriesgado y a la postre afortunado salto. Javier Hernando, como es natural, ha escrito casi todos los catálogos de aquel al que redimió del ingrato oficio al que en principio ambos se hallaban abocados.

Un barrio no muy céntrico de su ciudad, con un aire años cincuenta. Un piso con mucha luz y con algún árbol bajo las ventanas. Una habitación en total desorden, y de dimensiones excesivamente pequeñas para los grandes formatos a que aspira irremediamente un pintor de acción que dramático, y que frecuente es en España este hacerse pequeños los estudios a los pintores-. De entrada se nota, y el formato es precisamente un dato significativo al respecto, que a Barnes le gusta la pintura como ejercicio físico; que no se está quieto un segundo en cuanto tiene un pincel o una brocha o siquiera un carboncillo en la mano. Es una pintura la suya, que refleja esa permanente inquietud, esa vitalidad de su autor, que las refleja sin mediaciones, directamente. Una pintura, por así decirlo, estallada, salpicada. Una pintura cuyas contradicciones se resuelven sobre la marcha. Una pintura dispersa, de fragmentos. A veces es incluso el propio soporte el que pierde rigidez, y se fragmenta. Cobran entonces los cuadros apariencia de pequeños objetos, de tabla, casi de iconos.. Orden

y caos, geometría y acción, dibujo y color (“el eterno conflicto del dibujo y del color”, Matisse dixit) dialogan aquí, lienzo tras lienzo, papel tras papel, pieza tras pieza. Se hacen compatibles la desmaña expresionista abstracta, y un cierto orden, e incluso a veces una cierta geometría de ángulos, diagonales y círculos no hay que olvidar que en sus inicios fue Barnes un pintor geométrico-. Además de sobre el lienzo esta batalla diaria a la que el se entrega tiene lugar sobre el papel, y además de la pintura, participan en ella los papiers collés. Y alrededor de lienzos y papeles, reinan el caos, el desorden, la sensación de “paisaje después de la batalla”, que nos asaltan nada mas franquear la puerta y que son propios del estudio de un pintor de esta estirpe. A Barnes le viene chico, sin duda, el estudio. Le vendrá chica, irremediablemente, tarde o temprano, la ciudad en la que vive, y aunque él es el primero en reconocer que ésta ha progresado mucho, culturalmente hablando, en los años mas recientes. Para pintar, como para escribir y en realidad como para realizar cualquier actividad creadora, es primordial romper amarras, soltar lastre.

En Variaciones sobre el castillo, serie de 1.984, venia a centrar la pintura, la única figura que hasta el momento ha tomado el pintor de su entorno vital y cultural: la alta y alargada silueta medieval “cuántas parecidas en estas tierras que fueron fronterizas, y en las que tanto se guerreó en el ocaso de la Edad Media”- del Castillo de Almansa. Figura, pretexto para la pintura, para un dripping enérgico. En muchas obras anteriores, y de nuevo en las más recientes, no es preciso tal recurso figurativo. Muy hermosos, muy suntuosos campos de color, rojos saturados, amarillos, azules, se despliegan ante la mirada, se ordenan en transparencias o por el contrario se quiebran en zonas mas planas. Articulándolos, tensándolos, rompiendo su precario equilibrio, un sistema gráfico, unas figuras geométricas que a veces tienen la ligera ornamental y la frágil poesía de Paul Klee, pero que por momentos, sobre todo últimamente, se tornan picudas y amenazantes, ajenas al cromatismo exaltado de los fondos. La mezcla tan peculiar que en estos cuadros se produce, de subjetividad desbordada, y casi de cubismo puede recordar ciertas abstracciones europeas de los cincuenta, o también algunos cuadros americanos del preciso momento en que se produjo el salto del surrealismo al expresionismo abstracto. Pero es una mezcla, hay que subrayarlo, altamente personal, a la que su autor ha llegado no por saber libresco, sino por vivencia propia de problemas plásticos parecidos a aquellos a los que enfrentaron sus antecesores. Una mezcla llena de contradicciones que solo el instinto de este pintor vigoroso logra salvar, hacer productivas, convertir en cuadros que se mantienen en equilibrio.

Los “alrededores”, por así decirlo, de una obra, siempre permiten entender mejor ciertos aspectos del corazón de esta. Barnes no es una excepción. El no se ciñe a un género. Se lo impiden la urgencia de su deseo de expresarse, su espíritu rebelde, las trabas que la creación encuentra en una ciudad pequeña y que todavía se resiste, a la que todavía le es difícil acostumbrarse a la libertad moderna del arte y de la cultura. Por la vía del ensamblaje, y como a tantos otros pintores de su generación cabe preguntarse, naturalmente, cuantos perseveraran-, le tienta el oficio vecino de

escultor. En el sorprendente recinto dieciochesco de la Feria de Albacete, “el símbolo mas visible de su ciudad” como lo define Antonio Bonet Correa en un ya canónico trabajo, Barnes ha realizado un no menos sorprendente montaje, de barroca escenografía, con siluetas recortadas en cartón, y pintadas, colgando del techo. En el ámbito de lo colectivo, ya he mencionado la muestra itinerante que patrocinó, y también hay que recordar que ha participado y participa en la redacción y confección de un fanzine titulado Gabardina antes hubo La Seda y Año uno-, una actividad marginal que revela su conexión con el ámbito de la música pop, y en la que puede dar rienda suelta a su fantasía gráfica. Su primera exposición, la de 1981, realizada en el Nido del Arte, un local de mucha solera de su ciudad, estaba dedicada por cierto a “John Lennon y su época”, lo cual no le impedía llevar como lemas unas frases de Chillida.

Entre los proyectos que acaricia hoy Barnes, el mas destacable es sin duda el de marcharse a trabajar fuera de Albacete, y a ser posible al extranjero. El arte, sí, exige a menudo el romper amarras. Lo contrario, el complacerse demasiado en el terruño, suele ser malo. En la biografía de Barnes han tenido importancia algunos viajes: París, Venecia, Mallorca donde se aisló en el verano de 1985. Yo pensaba que ahora él estaba pensando, como la gran mayoría de los artistas de su edad y condición, en Nueva York o en París. Me sorprendió comprobar que, sin hacerles ascos a esas capitales, él se muestra mas receptivo a otras ciudades menos frecuentadas por los artistas en busca de nuevos horizontes, Me preguntó, concretamente por Viena. Me quedé en verdad sorprendido. Me lo imaginé caminando por el Rhing, habiendo trocado una soledad por otra, la soledad manchega por la soledad del Danubio, la dureza de sus paisanos por la dureza de un idioma y un paisaje desconocidos, pero con mas fe que nunca en las posibilidades de la pintura.

JUAN MANUEL BONET.

Crítico de Arte y comisario de exposiciones.

Texto para el catálogo de la exposición PINTURAS realizado en el Museo Arqueológico de Albacete. 1987.